
Las masculinidades no hegemónicas: una apuesta por el cambio social

Jeison Oviedo Mercado

Resumen

Los roles de género son inequitativos y los referentes religiosos, sociales y culturales han perpetuado el modelo de masculinidad patriarcal que está en el origen de la violencia no solo contra las mujeres sino contra todos. Reflexionar sobre la masculinidad tradicional dominante no es un proceso fácil para la sociedad, y menos aquellas permeadas por contextos de guerra y aferrada fuertemente a sus esquemas de vida. Sin embargo, es importante conocer puntos de vista e iniciativas más estructurales que buscan re-direccionar el modo tradicional de ser hombre en función de construir relaciones más equitativas y aportar al cambio social.

La masculinidad dominante atraviesa hoy un proceso de deconstrucción en el que se intenta desarmar el significante “hombre” como portavoz universal de toda la especie, para hablar, en su lugar, de ciertas subjetividades y así ver la masculinidad como una construcción cultural específica (Parrini, 2002) con el fin de revertir y prevenir situaciones de desigualdad y violencia, de donde se explica, por ejemplo, que el hombre haya sido históricamente maltratador de la mujer.

Parrini (2002) plantea que el paso de los estudios de la mujer a los de género, ocurrido en los años 70 en la academia feminista de los Estados Unidos, llevaba el germen de los estudios de la masculinidad y que estos componen, en un sentido metafórico, las réplicas del terremoto cultural que significó la emergencia del feminismo en los ordenamientos genéricos de nuestras sociedades. Sin embargo, podemos decir que llegar a la pregunta sobre el hombre como componente crucial y decisivo de las relaciones genéricamente determinadas no constituye el fin del camino o una última expresión del feminismo, sino un nuevo comienzo en los estudios de género, que promete una sacudida más fuerte que el terremoto feminista, puesto que son los mismos hombres quienes se cuestionan, se piensan y se descubren como sujetos de cambio.

Hombres pensándose a sí mismos es un golpe bajo a las bases del orden patriarcal, incluso más fuerte que el accionar feminista, donde tradicionalmente son las mujeres quienes

protagonizan la lucha por la equidad de género. Al ser los mismos hombres quienes intentan desterrar las características de una masculinidad hegemónica, desde su propia vivencia como hombres, son más las posibilidades de reconvertir el orden patriarcal que desde antiguo ha determinado las relaciones sociales entre hombres y mujeres.

La religión, puede decirse, ha sido un garante de la perpetuación del modelo hegemónico de masculinidad. El mito creacionista de Adán y Eva da cuenta de la superioridad del hombre y la subyugación de la mujer. Esta relación dicotómica de superioridad – inferioridad sigue vigente en el pensamiento colectivo, lo que se evidencia en las relaciones de poder al interior de la Iglesia, las familias y la sociedad, en las cuales se legitima y propicia, consciente o inconscientemente, la exclusión, el maltrato y la violencia por causa del género. Hay mucho más por conocer y por contar. La biblia fue escrita por varones y la imagen de un dios hombre y poderoso, fue diseñada por los mismos hombres en los tiempos en que las mujeres no tenían permitido leer ni escribir, con el fin de respaldar su superioridad con la figura de un dios como ellos. De haber sido escrita por mujeres, tal vez no nos hubieran presentado un dios, sino una diosa, y no hubiera sido Eva quien hubiera salido de la costilla de Adán sino al revés (Radialistas, 2013).

La construcción de género que comunican nuestros referentes culturales también responde al modelo hegemónico de la masculinidad. En la música popular se afirma el rol dominante de los hombres, con libre acceso a las mujeres y con la facultad de proveer y de quitar. Ahora, no solo las mujeres han salido mal libradas a raíz de la construcción hegemónica de la masculinidad. Los hombres han pagado un precio muy alto por el privilegio de tener el control y ser dueños de la fuerza y del poder, en la medida en que deben cumplir con un perfil que prohíbe su sensibilidad, y que no necesariamente corresponde con la auto-identificación de los hombres. De hecho, la existencia de un modelo dominante supone la posibilidad de subjetividades masculinas que se relacionan en forma diversa con el paradigma, acatando, negando o pervirtiendo su mandato de acuerdo al contexto en que se encuentren (Sarti, en Paniagua, 2000). Es así, como los varones huyen, reniegan, se ausentan, se hacen piedra del camino. Unas veces, sumidos en sus tareas importantes se hacen ajenos a sus hijos; otras, sumidos en sus dolores y euforias, se ausentan de sus sentimientos (Paniagua, 2000).

El modelo hegemónico contiene una serie de mandatos que operan a nivel subjetivo (Parrini, 2002), a la vez que otorga una serie de materiales simbólicos e imaginarios, prescribe ciertos límites y características innegociables en su modo de ser y de relacionarse con los demás: activo, jefe del hogar, proveedor, responsable, autónomo, fuerte, no debe rebajarse ni tener miedo, ni expresar sus emociones, debe ser heterosexual, entre muchas otras condiciones que determinan su función en el plano sexual, moral, político, social y cultural, y en consecuencia excluye y subordina los hombres que responden de forma diversa a estas características.

Podemos pensar que la eterna legitimidad de estos patrones de conducta han hecho víctimas, primero a los mismos hombres por convertirlos en la personificación del patriarcado, responsabilizándolos en cierta forma por los efectos de la masculinidad tradicional de la que son portadores. Estos efectos superan toda proporción en la vida de las personas. El conflicto armado colombiano que durante más de medio siglo cobró millones de víctimas por situaciones de violencia armada, violencia sexual, desplazamiento forzado, secuestros, torturas y desapariciones; así como los gobiernos militares opresores en Latinoamérica y en últimas, todas las guerras que en el mundo se han librado, están sustentadas y legitimadas por el orden patriarcal que lucha por mantener el poder. El poder, para Kaufman (Parrini, 2002) es el elemento central de la subjetividad masculina y en la lucha por conquistarlo, se han configurado estereotipos de una masculinidad militarizada y dominante refrendada en las Fuerzas Armadas o en grupos sociales emergentes como las pandillas juveniles o las barras bravas (Parrini, 2002). Estas instancias no solo vulneran la integridad de los hombres y rompen las relaciones vitales con los demás, sino que los recluta en una búsqueda por afirmar el poder asociado a la masculinidad dominante, que es también fuente de dolor, por tratarse de “ilusiones infantiles de omnipotencia imposibles de lograr”.

Lo que pocos saben, es que la adquisición de los valores y comportamientos propios de la masculinidad predominante, se debe no a la naturaleza, sino más bien a un proceso de socialización. Por lo tanto, al tratarse de valores y comportamientos aprendidos, lógicamente son modificables, siempre y cuando, exista una disposición a hacer una reflexión crítica que conduzca a transformar la vivencia del género, es decir, a la forma como los hombres viven su masculinidad (CEM – H, 2008). Kimmel (Paniagua, 2000) señala que la masculinidad se construye y cambia: desde una cultura a otra; en una misma cultura a través del tiempo; durante el curso de la vida de cualquier hombre individualmente y entre diferentes grupos de hombres según su clase, raza, grupo étnico y preferencia sexual.

Sin embargo, replantear la masculinidad para dar espacio a la reflexión sobre prácticas y valores socavados por el orden patriarcal no es algo fácil de adherir a la experiencia cultural. Hablar de equidad, complicidad entre hombres y mujeres, no violencia contra la mujer, derechos sexuales y derechos reproductivos, es ir contra la corriente tradicional de la hetero-normatividad y el ordenamiento social fundamentado en el sexo de las personas. Este ordenamiento basado en el sexo distribuye a las personas según la polaridad entre lo masculino y femenino a nivel simbólico y entre hombre y mujer a nivel relacional, mientras que lo masculino y lo femenino para el enfoque de género son categorías sociales atribuidas culturalmente al hombre y a la mujer respectivamente, sin que estas sean inamovibles, ya que la identidad sexual de hombre y mujer también puede diferir del sexo biológico de las personas (macho o hembra). En este sentido, Teresa de Lauretis (Paniagua, 2000) señala que el género, como la sexualidad, no es una propiedad

de los cuerpos ni algo existente desde el origen de los seres humanos, sino que es un conjunto de efectos producidos sobre los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales.

La crítica conservadora de los acérrimos defensores de la moral y las costumbres tradicionales se oponen y condenan este abordaje, y ven en el enfoque de género una amenaza a las bases sobre las que están asentados sus privilegios sobre los demás y sus esquemas de vida en general. Así sucedió en Colombia, donde el enfoque de género fue un caballo de batalla durante las negociaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla de las Farc, llevadas a cabo durante cuatro años en la Habana, Cuba.

En los acuerdos de paz se incluyeron algunos puntos acordados por una subcomisión de género conformada por hombres y mujeres de ambas partes, con el fin de establecer métodos diferenciales para reivindicar los derechos vulnerados de las mujeres y de la población víctima del conflicto. Pese a la novedad y el avance que significaba esta medida en términos de derechos humanos, los sectores de la oposición difundieron que con los acuerdos de paz, venía la imposición de una ideología de género en el ordenamiento constitucional y que esto ponía en peligro el derecho de los padres de familia de educar a sus hijos e hijas.

Pese a la gran desinformación y contraposición al respecto, es de resaltar que en el panorama latinoamericano se han hecho importantes avances en masculinidades, caracterizados por permitir a los participantes un espacio de reflexión y cuestionamiento alrededor de la masculinidad, la equidad de género y los estereotipos culturales que sostienen el machismo y dan lugar a la violencia doméstica, violencia contra las mujeres y relaciones patriarcales, especialmente en contextos de guerra y conflictos armados.

Dentro de ellos se encuentran experiencias de educación popular sobre masculinidades en Nicaragua impulsadas por el Banco Interamericano de Desarrollo, procesos de reflexión y transformación de la cultura patriarcal en Honduras y de sensibilización en masculinidades no hegemónicas en zonas rurales de Colombia, donde incluso se instaló una mesa nacional de masculinidades con el apoyo de ONU Mujeres, y donde también se han adelantado estudios de masculinidades en los contextos de guerra -masculinidad militarizada-, que buscan aportar una perspectiva de género a los procesos de desarme, desmovilización y reintegración, así como de derechos sexuales y derechos reproductivos de excombatientes del conflicto armado en Colombia¹.

¹ Más información sobre este programa se puede encontrar en: Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia. Abril de 2009. Serie Working papers FIP No. 5

A partir de estas y otras experiencias, se evidencia que desde las masculinidades no hegemónicas pueden hacerse aportes significativos y de largo plazo al ámbito del desarrollo humano y social, puesto que incorporan a los hombres en acciones desde una perspectiva pro-equidad, fundamentalmente en asuntos relativos a salud sexual y reproductiva, paternidad responsable, violencia basada en el género y/o prevención de ITS, incluido el VIH/SIDA (Mora, 2001).

Kimmel (Parrini, 2002) explica que en los años 70 aparecieron una multiplicidad de perspectivas interdisciplinarias como producto de los primeros estudios de masculinidad en el mundo anglosajón. Una de estas perspectivas, de corta socialista, ayuda a distinguir la relación entre masculinidad y estructura de clases en el sistema capitalista patriarcal. De este modo, constituyen una apuesta por el desarrollo económico centrado en la dignidad y la justicia, no solo para transformar la desigualdad social y de género entre los seres humanos, sino para subsanar el impacto ambiental de la mano explotadora del hombre sobre el planeta, cuyo equilibrio natural está seriamente comprometido por causa, en gran parte, de la falta de sensibilidad ambiental que ha dado lugar al extractivismo voraz del capitalismo.

Se necesita trascender el diálogo feminista abanderado por mujeres y que los hombres participen de propuestas estructurales como actores protagónicos de esta transformación. Se trata de una transición de paradigmas, donde los hombres son llamados a repensar su rol de dominadores y explorar sus potencialidades como agentes de cambio para la sociedad, o en palabras de Jung, *mirar hacia dentro para despertar*.

El proceso que atraviesa Colombia actualmente, de camino a un post conflicto, hace parte de la misma transición por la que atraviesa el mundo hacia un nuevo paradigma que abandona el antropocentrismo y crea nuevas subjetividades. Las masculinidades no hegemónicas pueden equipararse a estas nuevas subjetividades que tienen la fuerza de renovar la sociedad, en tanto le da un vuelco a las relaciones interpersonales y dialoga en torno a la no violencia, la equidad, los derechos sexuales y derechos reproductivos y otras reflexiones que no han sido suficientemente exploradas en la identidad masculina, que en el caso de los imaginarios en la sociedad colombiana, inmersa en un conflicto armado por más de medio siglo, se asimila en función de la fuerza y la dominación.

Durante la implementación de la política de seguridad democrática se promulgó una campaña que buscaba posicionar una imagen positiva de las Fuerzas Armadas en la población civil bajo la consigna “Los Héroes en Colombia Sí Existen”, desplegando imágenes de soldados saltando de helicópteros, patrullando carreteras y enfrentándose a bala con el enemigo. Fue por esos años en que el número de muertos por la guerra aumentó a los niveles más altos en la historia del conflicto y ocurrió el asesinato sistemático de jóvenes civiles reportados como guerrilleros a manos del Ejército Nacional,

que pasaron a la historia como “falsos positivos”. Si se desmitificara y desnudara esa misma consigna al solo hecho de que “Los Hombres en Colombia Sí Existen”, no se hablaría de muertos por enfrentamientos militares, ni mucho menos de crímenes del Estado, sino de posibilidades para el cambio social basadas en el respeto, la equidad y la justicia, dejando atrás las representaciones simbólicas y culturales alrededor de la masculinidad hegemónica con que actualmente se configura el rol de hombre en la sociedad.

Referencias:

- Centro de estudios de la mujer CEM - H (2008). Deconstruyendo la Masculinidad, Transformando la Cultura Patriarcal “Por una vida libre de Violencia para todas y todos”. Memoria del taller. La Esperanza, Intibucá
- Mora L. Masculinidades en América Latina y el Caribe: el aporte del fondo de población de Naciones Unidas (FNUAP). En: Andrade X y Herrera G. Masculinidades en Ecuador. Quito; Flacso, Ecuador/unfra; 2001. p. 179-199.
- Paniagua, H. A. (2000). Discontinuidades en el modelo hegemónico de masculinidad. Feminidades y Masculinidades. Estudios sobre salud reproductiva y sexualidad en Argentina, Chile y Colombia. Buenos Aires/Argentina: CEDES, 193-244.
- Parrini R, Rodrigo (2002). Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. De la hegemonía a la pluralidad. Red de Masculinidades/es. FLACSO-Chile. Recuperado el 29 de Mayo de 2010, desde: <http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>
- Radialistas, Apasionados y Apasionadas. “Una historia nueva de Adán y de Eva”. Audio disponible en: <http://www.radialistas.net/article/una-historia-nueva-de-adan-y-de-eva/> Diciembre de 2013.